

Guía para “la disertación filosófica”¹

Realiza una disertación sobre alguno de los temas planteados en las diferentes épocas.

Para el alumnado

¿Qué es y en qué consiste "disertar"? En emitir una opinión elaborada y reflexiva acerca de alguna cuestión de interés. A través de la disertación, podemos expresar nuestras opiniones, de forma razonada y argumentada, acerca de diferentes cuestiones. Es, por lo tanto, un ejercicio de filosofía práctica. Disertar es, ante todo, adoptar una determinada postura respecto a un problema planteado, y defender dicha postura ante un supuesto auditorio (real o imaginario). La finalidad de la disertación es convencer a ese auditorio o público lector de la conveniencia de la postura defendida.

¿Qué **no** es disertar? Exponer un tema, describir o definir una determinada teoría, o hablar de un determinado asunto para informar al lector. Disertar es comprometerse con una postura y defenderla, lo que puede incluir también el atacar las posturas contrarias, siempre desde la razón y los argumentos y nunca usando las descalificaciones personales o falsos argumentos basados en informaciones incorrectas.

¿Cómo se elabora una disertación? En toda disertación se pueden distinguir tres partes, cada una de las cuales debe cumplir con ciertos requisitos. A continuación presentamos una estructura básica que puede variar dependiendo del enfoque u objetivo de la disertación, pero que podemos adoptar como modelo:

Parte	Requisitos
1. Introducción	En esta sección se presenta el tema y se hace una valoración general de lo que se discutirá a lo largo del trabajo. También se define la tesis, es decir, el argumento principal que se defenderá a lo largo de la disertación.
2. Desarrollo	En este apartado se desarrolla la tesis y se proporciona evidencia y argumentos que la apoyen. A menudo se divide en varias partes –aunque no es obligatorio-, cada una de las cuales aborda un aspecto diferente del tema.
3. Conclusión	En esta sección se resumen los puntos principales y se defiende la tesis de manera convincente. También se pueden incluir sugerencias para futuras investigaciones o estudios.

¹ Material elaborado a partir de distintas fuentes, algunas procedentes de páginas web y otras de seminarios sobre argumentación.

Como paso previo a esta estructura y, en concreto, a la introducción, primero debes elegir un tema o materia de disertación que te interese o motive (piensa, por ejemplo, qué aspecto de la filosofía o de algún autor o autora te gustaría explorar más a fondo). Una vez elegido tendremos que justificarlo, es decir, si lo elegimos porque consideramos que es importante debemos presentarlo y –si lo creemos oportuno- explicar las posturas que pueden adoptarse en torno al mismo dejando clara cuál es la nuestra. Esta presentación –y aquí ya estamos en la introducción- debe ser amena y tiene que ser capaz de motivar y despertar el interés de quien nos lee: su curiosidad y su deseo de conocer qué opinamos. La justificación del tema puede hacerse, por ejemplo, mediante interrogantes, o a través de algún tema de actualidad que conecte con el interés potencial del lector o la lectora.

En la parte central de la disertación, en el desarrollo, lo primero que debemos hacer es exponer de manera clara, breve y concisa nuestra tesis, opinión o idea central para, a continuación, defenderla a través de la exposición de nuestras razones y argumentos. Para ello ya habremos realizado una investigación que nos habrá proporcionado datos, argumentos, ejemplos –a partir de la lectura previa de textos filosóficos o de información que hayamos encontrado en la biblioteca o en internet relacionada con el tema que hemos elegido-: todo aquello que podamos esgrimir en defensa y apoyo de nuestra idea (se trata de proporcionar evidencia y argumentos para dicha idea). También podemos recurrir, si lo consideras necesario o pertinente, a la crítica de las opiniones contrarias, mostrando sus puntos débiles, sus contradicciones, o aquello que en nuestra opinión las descalifique (eso sí, siempre con una actitud respetuosa hacia esas opiniones y hacia las personas que las sostienen).

En la parte final, en la conclusión, volvemos a nuestra tesis central –por la que hemos tomado partido a lo largo de la disertación-, resumiendo los puntos principales y, por ejemplo, valorando las ventajas y la relevancia para el mundo actual de la posición que hemos adoptado.

Debemos recordar en todo momento que “disertar” significa exponer de forma argumentada una opinión respecto a un tema, es decir, decantarse y tomar partido, convencer, nunca imponiendo, ni exponiendo las opiniones de un modo dogmático ni descalificador sino a través de argumentos y razones.

Para el profesorado

Una guía más pormenorizada y exhaustiva para la preparación y orientación del alumnado puede ser la siguiente, que contempla con mayores detalles la propedéutica de esta parte de la prueba PAU. Así, y como pasos previos a la elaboración de la misma, convendría tener en cuenta las siguientes pautas o recomendaciones:

1. Pensar qué significa el tema o cuestión planteada y qué otras interpretaciones se le puede dar.
2. Elegir la interpretación o reformulación del tema o cuestión que se considere más relevante.
3. Pensar qué otros temas o cuestiones pueden estar relacionados con el que se propone.
4. Pensar en diferentes respuestas, soluciones o tesis para la cuestión planteada.
5. Elegir la respuesta a esa cuestión que es más común o que merece ser analizada.
6. Investigar y pensar en argumentos a favor y en contra de la respuesta o tesis que se elija.
7. Ordenar lógicamente los argumentos (por ejemplo, de más general a más particular, o de más relevante a menos relevante, o de más fuerte a más débil, etc.)

En el marco de la elaboración misma de la disertación, los siguientes procedimientos, cada uno de ellos correlacionado con cada una de las partes que constituyen su estructura básica, son los que se ajustan a las exigencias que debe satisfacer.

I. Introducción (se recomienda que ocupe un 15% del texto, aproximadamente):

1. Se expone el tema o cuestión a tratar de manera objetiva y con todos los matices, interpretaciones u otras cuestiones relacionadas que se consideren relevantes para su discusión posterior.
2. Se elige, de manera justificada, una respuesta tentativa o tesis.
3. Se avanzan brevemente los pasos que se van a dar a continuación: el desarrollo y la conclusión.

II. Desarrollo (en este caso la recomendación en cuanto a su extensión sería de un 70% del texto, aproximadamente):

1. Se proporcionan argumentos “objetivos” a favor de la tesis elegida. Para ello se puede hacer uso de ejemplos, supuestos, inferencias, valoración de consecuencias, etc.

2. Se recurre a argumentos “objetivos” en contra de la tesis elegida. Para ello se puede hacer uso de ejemplos, supuestos, inferencias, valoración de consecuencias, etc.
3. Se valoran y contrastan los argumentos de ambas posiciones para identificar los más sólidos.
4. Se resumen las posiciones a favor y en contra, señalando aquellos argumentos que se considera que apoyan una y otra opción de una manera más sólida.

III. Conclusión (debe ocupar un 15% del texto, aproximadamente):

1. Se vuelve a la tesis central resumiendo los puntos principales y, por ejemplo, valorando las ventajas y la relevancia para el mundo actual de la posición adoptada y defendida.

Finalmente, podemos considerar los criterios siguientes como aquellos que pueden determinar la corrección de una disertación –se trataría de que proporcionen una orientación aproximada a la hora de evaluarla, no de exigir su cumplimiento de manera íntegra-. En primer lugar², la ortografía y la sintaxis (signos de puntuación, tildes, concordancias gramaticales, etc.). En segundo lugar, la originalidad de la reflexión. Se puede valorar si el enfoque es original (si, por ejemplo, se utilizan ejemplos próximos en vez de reproducir estereotipos o conocimientos ajenos), así como la espontaneidad, frescura y viveza del trabajo. En tercer lugar, la estructura interna del mismo: si la respuesta con el tema propuesto es pertinente, si la introducción que expone la tesis central es clara, o si existe una continuidad y progresión en la disertación y, finalmente, si existe una conclusión avalada por la argumentación. Y en cuarto lugar, la argumentación misma: si los argumentos utilizados son coherentes y son “buenos” argumentos y, sobre todo, si están bien elaborados y fundamentados.

² El orden que se sigue a continuación no debe interpretarse como un orden en importancia o relevancia.

Ejemplos de disertación³: Transhumanismo. Olimpiada Filosófica de Canarias⁴.

Irene Lorenzo Pérez (IES Los cardones)

Ahora me he convertido en la muerte, el destructor de mundos. J. Robert Oppenheimer

Juguemos a ser dioses. Propongo visualizar una sociedad futura, dentro de mil años, por ejemplo. Una sociedad tecnológica limpia, justa y libre; libre de enfermedad, de sufrimiento, de limitaciones y de muerte, en la que podemos elegir quiénes somos y en qué nos convertiremos.

Ahora imaginemos la misma sociedad, pero con un giro distópico. La misma tecnología que hizo posible el primer escenario es ahora la causante de múltiples guerras, desigualdad, injusticia y sufrimiento. Justo lo contrario de para lo que fue creada con la mejor de las intenciones. Esta podría ser la dicotomía futura a la que nos enfrentamos al hablar de un polémico concepto: el transhumanismo, movimiento ideológico que defiende la mejora del ser humano en todos sus aspectos haciendo uso de la tecnología y las ciencias. Es una idea osada, desde luego. Pero antes de posicionarnos sobre la misma debemos reflexionar acerca de ella y sus posibles efectos sobre nuestra sociedad.

Según el utilitarismo, podemos diferenciar el bien del mal enfocándonos en los resultados de las acciones, más que en la acción en sí misma. Por lo tanto, la opción más ética es aquella que reporte el mayor beneficio a mayor número de gente. Siguiendo ese hilo, podríamos justificar la transición hacia un mundo posthumano como un paso necesario para alcanzar un futuro mejorado, libre de padecimiento, idílico; esquivando de esta forma el sufrimiento de una vida dolorosamente humana, frágil y finita. Poder vivir más y mejor a golpe de microchip.

Estos adelantos se llevarían a cabo a través de “cirugías de mejora humana”, que prometen un futuro diferente, optimista, llamativo y mejorado. Sin embargo, me despiertan cierta desconfianza por varios motivos.

En primer lugar, es inevitable que el transhumanismo aplicado a gran escala genere nuevas desigualdades sociales. Trato de encontrar la ganancia que obtendríamos en una futura sociedad, dividida entre humanos mejorados y aquellos, por así decirlo, naturales. ¿Qué beneficio puede aportarnos si lo comparamos con el caos que desataría? Lejos de servir como puente para librarnos de lo que nos separaba en el pasado, como el nacimiento noble, o a día de hoy, el dinero y trabajo que ejercemos, solo parece aumentar el problema añadiéndole otra categoría más aún.

El uso todavía más extensivo de estas tecnologías aplicadas al por mayor en nuestros cuerpos no haría más que señalar un problema ya existente. La brecha digital

³ Estos ejemplos, como ejemplos de la guía presentada, lo son respecto a estructura y criterios de corrección. Evidentemente, no se adecuan a la extensión que se solicita en la prueba por razones, fundamentalmente, de tiempo y espacio, lo cual no invalida su función ejemplificadora o ilustrativa. Tienen la ventaja, además, de haber sido elaborados por alumnado de bachillerato.

⁴ Agradecemos enormemente a la Asociación de la Olimpiada Filosófica de Canarias su disponibilidad y apoyo para la elaboración de esta parte de la guía.

es real y se ha disparado desde el inicio de la pandemia. Parece razonable resolver este asunto antes de complicarlo al sumarle otra variante, como sería la raza biónica. Por lo tanto, resulta difícil discernir si estamos hablando de una solución o de tan solo otro problema más.

Seguramente coincidamos en que, de dar este paso hacia la cirugía de mejora humana, debería ser accesible a todos y no tan solo a un pequeño grupo de privilegiados que se la puedan permitir, puesto que de ser posible su precio sería elevado. ¿Cuántos de nosotros, humanos hasta la fecha, decidiremos alterar nuestras facultades *motu proprio*? De ser una cantidad numerosa, ¿cómo lograr satisfacer tan alta demanda? Tendría que surgir una industria completamente nueva.

Y tras el surgimiento de esta industria, cómo explicarle a cualquier persona que a lo mejor no tiene suficiente para comer, que vive refugiada o sufre una enfermedad rara, que no tiene un trabajo estable o un techo seguro que estamos trabajando para “mejorar el ser humano”. Por supuesto que es posible trabajar en ambas cuestiones simultáneamente, pero es complicado no compararlas. Al lado del primer problema, la segunda preocupación se muestra como algo insustancial, carente de trascendencia, pues no podremos hablar con propiedad de vista, velocidad o fuerza sobrehumanas mientras otro de nuestro género no tenga sus necesidades básicas cubiertas.

Estamos mezclando el mejorar nuestra apariencia con mejorar como personas, como si aquello de nosotros que es cuantificable fuese capaz de medir nuestra felicidad. Aumentar nuestras capacidades físicas o intelectuales no conlleva una mejora inherente del sujeto, su felicidad o bienestar. No somos máquinas. El avance tecnológico puede servir de impulsor a la felicidad de un individuo, pero no lo asegura. ¿Podemos sacrificar el bienestar de nuestro género por los deseos de una minoría?

La fiebre transhumanista, ¿viene realmente de un sentimiento de responsabilidad para con nuestra especie, o se trata de otra emoción? Más que un sueño científico, parece convertir la tecnología en un medio para satisfacer caprichos y la evolución en una momentánea cura al aburrimiento existencial. Y sus consecuencias son, además de prácticamente impredecibles, algo de lo que no podemos responsabilizarnos. Podemos responder por nuestras acciones hasta que, por medio de un veloz efecto dominó salen de nuestro margen de actuación.

Este proceso de cambio funcionará como una lupa, amplificando los problemas ya latentes en nuestra sociedad: toda injusticia, pobreza o conflicto simplemente se verá agravado por un elemento fuera de nuestro control.

Mas cualquier actualización no es mala de por sí si es utilizada correctamente, pero antes, debemos establecer qué es lo correcto y qué no estamos dispuestos a permitir, abriendo un debate que puede alargarse en el tiempo, más del que nos concede el frenesí tecnológico del nuevo siglo.

Así que la tecnología de por sí carece de valor moral; esto es algo que nosotros le añadimos dada nuestra forma decididamente humana de comprender el mundo. Y precisamente, puede que sea eso lo que temamos, que las partes más sombrías de nuestra naturaleza mortal se abran camino a través de varias capas de tornillos y chapa: la codicia, la ambición, el egoísmo, la corrupción y la crueldad. Y aún en el caso de que estas implantaciones, pese a todo, reportasen una clara ventaja para el ser humano al completo, te pido que, al mirar hacia atrás con tus nuevos y biónicos ojos, observes y reflexiones: ¿valió la pena?

No poseemos la potestad para decidir, no ya sobre nosotros mismos, nuestra familia o comunidad, sino sobre una generación entera y todas las que la sigan. Está claro que no hemos llegado al límite. Pero, ¿merece la pena aventurarse todavía más cerca?

Antes de dar otro paso hacia delante, debemos pararnos a pensar sobre a quién beneficiaría realmente este tipo de mejoras y la respuesta es sencilla: a todos aquellos que no disponen de un cuerpo o cognición como los demás, que se encuentran en desventaja. Esta es la única forma de aportar al transhumanismo lo que carece: un trasfondo noble y legítimo, digno, que lo convierta en un avance tangible y real para la especie como un todo.

Se trata de un tema serio y complejo, que nos concierne a todos y debe ser debidamente regulado y estipulado. El transhumanismo sugiere una posibilidad muy atractiva pero no es capaz de resolverla. Según la mayoría de estándares morales occidentales en nuestra época, el transhumanismo es un no. Por ahora.

Aunque la parte ética de esta cuestión sigue siendo debatible y no existe de momento opinión que desacredite a todas las demás (y puede que nunca la haya), actualmente nos frenan las incógnitas y cuestiones técnicas, jurídicas, sociales y evolutivas que plantea.

Es muy difícil que, a nivel de especie, podamos llegar a un consenso. Y mientras no lo logremos, no podemos avanzar hacia un futuro mejor con pasos firmes y la conciencia tranquila. O evolucionamos todos o no lo hace ninguno.

Andrea Luna Márquez (IES Canarias Cabrera Pinto)

Transhumanismo: ¿nuestra salvación o perdición?

Actualmente estamos sufriendo una verdadera revolución tecnológica. Solo en los últimos cien años hemos desarrollado una infinidad de productos como el radar (1935), el marcapasos (1958), Internet (1982) o el USB (1994). Estas contribuciones tecnológicas que nos facilitan la vida de una manera o de otra, son invenciones sin las cuales hoy en día no podríamos vivir. Con todos estos avances, ha surgido un movimiento llamado “el transhumanismo”, movimiento cultural tecno-filosófico que busca la modificación y el aumento de las capacidades físicas y mentales del hombre. Sobre todo, persigue el desarrollo de la inteligencia, la felicidad y por último la inmortalidad. En definitiva, es una corriente que busca ir más allá de lo humano. Sin embargo, esta puede traer consigo importantes dilemas morales. Entonces, ¿el transhumanismo mejora la especie humana dotándola de capacidades antes no poseídas, o por el contrario será el próximo gran problema al que tendrán que enfrentarse las futuras generaciones?

Mi propósito es tratar tanto los aspectos positivos del transhumanismo como aquellos que resultan más inquietantes sobre esta ideología. Primero, expondré algunos ejemplos de avances transhumanistas y de personas que han modificado sus cuerpos para mejorarlo, añadiendo además un repaso sobre los beneficios generales que podría tener realizar modificaciones transhumanas en nuestros cuerpos. En segundo lugar, pasaré a tratar los aspectos negativos a los que nos enfrentaremos si finalmente decidimos comprometernos con los cambios propuestos por esta doctrina.

Por un lado, el transhumanismo refleja una mejora que (para muchos) resulta evidente. Este ambicioso “proyecto de futuro” está centrado sobre todo, como ya mencioné anteriormente, en mejorar la longevidad, el bienestar y la inteligencia del ser humano. Estas promesas son muy atractivas, es decir, ¿quién se negaría a poder lograr una super inteligencia, o deshacerse de los sentimientos desagradables, pero sobre todo, poder vivir cada vez más años hasta llegar a la inmortalidad? Imagínense vivir en un mundo transhumanista, donde la gente siempre fuese feliz, pues los sentimientos negativos no existirían, de esta manera no habría gente con trastornos mentales como la depresión o la ansiedad. Además, gracias a la superinteligencia viviríamos en un mundo que mejoraríamos rápidamente con avances tecnológicos, creando máquinas increíbles que pudiesen realizar todo tipos de trabajos. Y todo esto añadido a la idea de la inmortalidad (en el mejor de los casos), que nos permitiría vivir todo el tiempo que quisiésemos para disfrutar de esta nueva vida, mejoraría muchísimo la calidad de vida de las futuras generaciones; vivirán contentos y felices en una sociedad desarrollada e increíblemente avanzada. En este mundo por ejemplo, cada persona podría realizar aquello que les permite ser felices, a unos les gusta hacer deporte, a otros les encanta escuchar música, y si estás personas pudiesen pasarse toda una eternidad haciendo lo que más les gusta, serían increíblemente felices. Como alguien a quién le gustase leer, que podría leerse todo los libros que se han escrito a lo largo de toda la historia.

Estas son cualidades que hasta ahora el ser humano solo había utilizado como ideas para poderes en películas de ciencia ficción. Un ejemplo de una visión transhumanista donde realmente lo que se propone es algo solo visto en las películas, es el caso de la empresa Neuralink. Cofundada por el empresario Elon Musk en 2016, esta empresa estadounidense está trabajando en la creación de un microchip que se introduciría en el cerebro con fines médicos, monitoreando el desarrollo de este último para así poder prevenir o tratar enfermedades como el parkinson y el alzheimer, o poder controlar los niveles hormonales previniendo problemas como la ansiedad y la depresión. La compañía espera empezar a implantar los chips en humanos este año, tras varios intentos exitosos en animales, aunque empezará por introducirlos en personas con lesiones graves de médula espinal.

Empero, en nuestra sociedad actual, ya podríamos empezar a identificar a las primeras personas transhumanistas. Personas que han realizado cambios en sus cuerpos que van más allá de una prótesis que nos ayuda, como el ponerse un brazo biónico en caso de haber perdido el propio en un accidente, llegando incluso a la implementación de partes tecnológicas que permiten la detección de elementos que antes sólo percibían las máquinas.

A principios de siglo, el primer cyborg es reconocido. Un joven británico llamado Neil Harbisson, se implantó permanentemente en el año 2004 una antena en su cabeza. Esta protuberancia le permite oír todas las frecuencias del espectro de luz, incluyendo colores invisibles como infrarrojos y ultravioletas. Sin embargo, no hace falta salir del país para encontrarnos con un suceso muy similar, el caso de Manel de Aguas. Este es un joven artista que decidió integrarse del todo en el movimiento transhumanista, introduciendo dos aletas a los lados de su cabeza. Estas le permiten percibir la temperatura, la humedad y la presión atmosférica a través de sonidos por conducción ósea. Es tal el cambio que ha sufrido en su cuerpo, que Manel ya no se considera humano, sino “transespecie”, justificando que ya no se siente humano “por definición”. En esta sección podríamos añadir el caso de Moon Ribas, una artista española, conocida por desarrollar e implantarse en 2013 sensores sísmicos en los pies que le permiten percibir todos los movimientos sísmicos que hay en el mundo a tiempo real mediante vibraciones. El dispositivo está conectado a sismógrafos online

que hacen que ella pueda sentir pequeñas vibraciones cada 8 o 20 minutos, dependiendo de la intensidad.

No obstante, por otro lado, aunque las mejoras de nuestros cuerpos puedan llegar hasta la inmortalidad, el movimiento transhumanista puede causar graves problemas en un futuro no muy lejano. El hecho de que se pueda mejorar al ser humano hace que surjan algunas cuestiones como “¿quién va a querer realizarse los cambios?, ¿quién va a poder realizarse los cambios? o ¿qué límites se van a fijar?”. Estas últimas son todas preguntas que surgen en cuanto nos damos cuenta de lo que realmente podría suponer mejorar la especie humana. Estos cambios podrían ser un motivo más de desigualdad, ya que no cualquiera podrá permitirse un microchip que le otorgue super inteligencia u otro que impida sentir tristeza.

Cuando hablamos de las desventajas que tiene el transhumanismo, es importante mencionar el problema de la desigualdad. No solo estamos hablando de la clara desventaja económica existente la cual impedirá que todos los que lo deseen puedan modificar sus cuerpos, sino también de la desigualdad que puede haber entre humanos “mejorados” y “no mejorados”. Se podrían crear dos razas distintas donde los seres modificados se sintiesen superiores a los no modificados, quedando estos últimos marginados socialmente, lo que no solo discriminaría a la gente sin los recursos necesarios para pagar las modificaciones, sino también forzaría a aquellos que prefieren que sus cuerpos no sufran cambios, poniendo en peligro su libertad de decisión.

En adición a esto, mejorar nuestros cuerpos para eliminar “imperfecciones” como la tristeza o la vejez, pone en duda hasta qué punto se nos seguiría considerando humanos, es decir, lo humano es mejorarse tanto a uno mismo cómo mejorar nuestro entorno, pero también es humano ser imperfectos. Desde que apareció nuestro antepasado Homo sapiens en la faz de la Tierra hace más de trescientos mil años, no hemos parado de progresar. Desde que supimos cómo usar el fuego, pasando por la creación de la rueda en el año 3.500 a.C y por la invención de la máquina de vapor en 1698, hasta hoy en día que convivimos con los primeros cyborgs, no nos hemos detenido ante nada. Además hemos ido avanzando poco a poco desarrollando artefactos que nos ayudan a ser mejores, como la invención de las gafas para la gente con falta de vista, o la creación de los audífonos, facilitando escuchar a la gente con dificultad para oír. Esta cualidad nos define cómo especie, sin embargo el tener defectos también. ¿Seremos más o menos humanos si modificamos nuestras capacidades? ¿Es positivo o más bien negativo ser menos humanos? ¿Seremos más felices siendo menos humanos?

Volviendo al mundo imaginario utópico antes mencionado, donde todo es perfecto y todos son felices, podemos encontrar varios fallos. Para empezar, un mundo donde la gente no muere supondría un mundo con sobrepoblación, problema que ya nos está afectando hoy en día. En España la esperanza de vida es de aproximadamente ochenta y cuatro años, y actualmente somos alrededor de siete mil ochocientos setenta millones de personas, esto significa que a día de hoy cada vez somos más personas porque siguen naciendo bebés y la gente anciana fallece mucho más tarde. Un mundo donde nadie muere, supondría un mundo donde el número de habitantes seguiría creciendo sin ningún tipo de control, no habría ni espacio ni recursos para todos. Probablemente llegaríamos al punto donde se aplicaría la ley anti bebés aplicada en China hasta hace unos años, donde tener más de un hijo sería un delito. Así la gente tendría que trabajar durante mucho más tiempo para llegar a jubilarse, pues la edad de jubilación sería extremadamente alta.

La longevidad trae consigo también el no valorar tanto lo que poseemos. Parte de la experiencia humana es saber que hay que aprovechar al máximo el tiempo

porque este pasa sin que podamos hacer nada para remediarlo, y cuando llegue nuestra hora, moriremos abandonando lo que conocemos como la existencia para siempre. Si ya no hemos de preocuparnos por desaparecer, dejaremos de darle tanta importancia a los pequeños momentos, ya no apreciaremos el tiempo que pasamos con la gente, porque sabemos que la volveremos a ver. Por ejemplo, los nietos dejarán de pasar tiempo con sus abuelos porque sabrán que siempre estarán ahí, o dejaremos de pasar tiempo de calidad con nuestros amigos, porque sabremos que los podremos ver cuando queramos. Esto podría provocar que dudásemos hasta del significado de nuestra propia existencia, ya que si dejamos de apreciar el tiempo que pasamos con nuestros seres queridos o haciendo cosas que nos gustan, ¿qué sentido tiene la vida?

Otro aspecto en contra del mundo ideal, es el de eliminar los sentimientos opuestos a la felicidad, como la tristeza o la ira. Los sentimientos negativos son necesarios, pues son una parte fundamental de la experiencia humana. De hecho su ausencia provocaría algo parecido a lo mencionado en el párrafo precedente, el no apreciar los momentos. Los humanos tenemos la capacidad de experimentar una infinidad de sentimientos, y todos son necesarios. Si no nos pudiéramos nunca tristes, no apreciaríamos lo que es ser feliz. Aquí volveríamos a cuestionarnos sobre nuestra propia existencia, ya que el objetivo final del humano es y será siempre la búsqueda del “bien supremo” o del “bien perfecto”: la felicidad. Como dijo el filósofo Schopenhauer, “el deseo satisfecho deja enseguida lugar a otro”, es decir, estamos en constante búsqueda de la felicidad y de satisfacer nuestros deseos para ser felices. Si ya somos felices, ¿qué objetivo tiene la vida?

Por último, en cuanto a la cuestión transhumanista, aflora la duda sobre qué límites se van a establecer. Los avances transhumanistas han de estar controlados y fijados por límites muy estrictos y muy claros. Para empezar, toda actividad debe ser anulada y detenida en caso de poner en riesgo la salud, es decir, si algún avance no es seguro para que se utilice en humanos, no se ha de experimentar, pues si algo sale mal podría poner en grave peligro la vida de personas. También, es importante que no se siga adelante con nada que pueda comprometer la libertad del individuo. Si por ejemplo en el futuro se desarrollasen unos microchips como los de la empresa Neuralink, pero que fuesen más allá, y nos otorgasen la capacidad de conectarnos a Internet a través de nuestras mentes, este debe de ser también cien por cien seguro. No debe existir el riesgo de que este hipotético microchip fuese “hackeado” y que el control de la persona que llevase el chip quedase en manos de otro individuo. Y por último, es necesario controlar el tema de la desigualdad, porque no nos podemos permitir aumentar las discriminaciones raciales que tristemente siguen presentes hoy en día. Debemos de concienciar a la gente y si es necesario crear leyes que impidan que haya cualquier tipo de discriminación entre humanos y “mejorados”.

En mi opinión el transhumanismo es una corriente que surge de la gran necesidad que tiene el ser humano de mejorarse y no creo que, aunque se quisiera, se pudiese detener. Pienso que, a pesar del claro debate ético que va a suscitar, este puede hacer mucho bien a la humanidad, siempre y cuando se controle como es debido, ya que si los límites necesarios no se aseguran, la situación podría descontrolarse y resultar fatal, pudiendo llegar al punto de crearse hasta una especie nueva. Para que el transhumanismo sea factible y no resulte un caos, debemos empezar por mejorar cualidades pequeñas, como por ejemplo implementar un chip para que la gente que necesita gafas deje de usarlas sin necesidad de una operación. Si no vamos paso a paso, la situación se podría descontrolar poniendo en riesgo las vidas de muchas personas. Sin embargo, confío en que sabremos tomar las decisiones adecuadas y de que al final el transhumanismo nos acabará aportando mucho.